

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

No queráis atesorar para vosotros tesoros de la tierra, donde orín y polilla los consume y en donde ladrones lo desentierran y roban. Mas, atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume orín ni polilla y en donde ladrones no los desentierran ni roban. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o al uno sufrirá y a otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto, os digo, no andéis afanados para vuestra alma que comeréis ni para vuestro cuerpo que vestiréis. ¿No es más el alma que la comida y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trajes y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? ¿Y por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, cuanto más a vosotros, hombres de poca fe? Buscad, pues,

primeramente, el reino de Dios, y la justicia y todas estas cosas os serán añadidas.—(San Mateo, cap. VI, versículos del 19 al 34).

¡Una limosna!

¡Una limosna por amor de Dios, para EL MENDIGO DE VALDECARROS!

Pero no una limosna de oro y plata, polvo de la tierra, sino una limosna de ideas, polvo de los cielos.

Si yo tuviera las arcas de Creso, las volcaría enteras en las manos de ese Párroco enfermizo, que, en cuerpo débil, encierra un alma gigante.

En el rincón aislado de una pobre aldea de Castilla—tiene democrático hasta el nombre—prostrado ante el Dios de los pobres tuvo una visión de paz el buen cura rural. Vió un asilo que se levantaba en aquellas llanuras áridas para recoger a las víctimas del infortunio y de la miseria.

Y como la caridad todo lo puede, se levantó el asilo. El amor hace milagros, porque es hijo del cielo, y sobre todo este amor que no tiene en las alas el peso vil de las escorias humanas.

¡Cuántas maravillas en el Palacio de los pobres de Cristo! Maravillas de caridad, de economía, de delicadeza.

Todos han contribuido a ello, porque la obra merece las simpatías de todos; el sacerdote celoso, la dama linajuda, la menestrala trabajadora e indigente.

En las columnas de esta hoja modesta habéis leído los relatos de las fiestas. Son fiestas humildes, sencillas, de esas que goza más el alma que los ojos.

¡Cómo sonríe el pobre cura rural en medio de sus pobres! ¡Cómo lloran los pobres al sentir rodar por el corazón las perlas del ajeno cariño!

¡Lejos la filantropía, que es un insulto a la caridad! ¡Lejos el egoísmo, que es el enemigo del amor! Sólo allí la bondad cristiana, la ternura de Cristo, el gran amigo de los pobres.

El asilo castellano, es cosa de oración. Los pobres ruegan, los que lo miran meditan. Meditan en la fraternidad universal, nacida al pie de la Cruz, al riego de la sangre de Cristo.

¡Una limosna por amor de Dios para EL MENDIGO DE VALDECARROS!

Yo se la doy de ideas, que es polvo de los cielos. Vosotros, hermanos míos, los que podéis, dádsela de oro y de plata, que aunque es polvo de la tierra, queda transformado en riqueza de gloria, al pasar por las manos de un cura rural, amigo de los pobres.

QUILÓN QUILÓNIDES.

Carta abierta segunda.

A mi queridísimo amigo y compañero
Abel Peregrín.

Quedábamos, carísimo, en que no habrá grandes dificultades económicas para fundar un Asilo en

cada partido judicial. En efecto, habiendo en cada uno próximamente cincuenta sacerdotes, y contribuyendo cada cual con seis céntimos diarios, reunirían al año 1.095: poco celo habrían de desplegar para obtener de sus feligreses y relaciones otros seis céntimos, con lo cual tendríamos a favor de cada asilo 2.190 pesetas anuales, cantidad suficiente para el sostenimiento de los pobres transeuntes.

¿Es mucho sacrificio? No soy teólogo ni pretendo dar lecciones; pero juzgo que debemos evangelizar a los pobres mendigos, si no por título de justicia, al menos por título de caridad; y esto, por la sencillísima razón de que Cristo Jesús lo quiere. Ha traspasado en ellos sus divinos derechos, y si el clero no lo hace, ¿quién estará obligado a hacerlo? Por eso nos dice: *Recibe esos pequeñuelos y nutrelos; yo te daré la recompensa. Lo que hicieréis con esos pobrecitos, conmigo lo habéis hecho.* Y a cada paso nos dirige, en el santuario de nuestras conciencias, la misma pregunta que a San Pedro: *¿Me amas? Pues, si me amas, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, y en esto veremos el amor que me tienes.*

La caridad, reina de las virtudes, mira a Dios y al prójimo. La cuna, el Calvario, el Altar cantan ese amor sin tasa; por eso, en este fuego de la divina caridad, han templado sus almas todos los varones apostólicos: Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Vicente Ferrer, Vicente de Paúl, Antonio de Padua, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Juan de Avila, Diego de Cádiz, Juan Bautista Bianney. ¡Qué nombres!, qué ejemplos! Y no quiero citar otros millares de millares, porque os conocéis mejor que yo. Me

habéis argüido que supone la obra enormes sacrificios: todavía no sabéis cuánto querrá ayudaros el Divino Maestro; pero, aun cuando así fuera, el argumento resultaría de muy escaso valor. A Cristo debéis vuestra existencia; pudo dejaros en la nada o hacer os una piedra, un árbol, un pájaro: os hizo hombres, *os hizo poco menores que los ángeles, os ha coronado con gloria y honor y os ha constituido sobre las obras de sus manos*, y contad que todo esto y mucho más que pudiera decir, son para vosotros las migajas de su mesa. En otro orden superior, os apartó del mundo, os llevó en sus brazos y sobre su corazón, al Seminario, o semillero de todas las virtudes; os hizo sus ministros, lugartenientes, embajadores, medianeros, *luz del mundo y sal de la tierra*; os hizo Maestros de su pueblo, Médicos de las almas, Doctores de la Ley, predicadores de su Evangelio; os dió la potestad divina de perdonar los pecados; fía de vosotros los tesoros de su divinidad; le consagrais todos los días, le recibís dentro de vuestro pecho; le distribuís a las almas; le lleváis a los enfermos; le cerráis en el Sagrario, le manifestáis sobre el Altar, os concede audiencia a todas horas en vuestra oración mental, etc., etc.

¿Es poco todavía? ¿Es mucho pedir seis céntimos diarios para los pobres de Jesucristo, cuando, tal vez, damos cada día doce o veinte al estanquero del lugar por fumar unos pitillos?

Me habéis dicho también que la organización de mi Asilo es muy defectuosa. Conformes de toda conformidad: soy el primer convencido de ello; me conozco un poco y sé que vareando el roble de mi pobre entendimiento no puede soltar más que bellotas,

pero no me ha ocurrido cosa mejor; vosotros, en vuestro superior criterio, mejorad esa defectuosa organización, santificad las almas de los mendigos, socorred las miserias corporales de los pobres, y yo seré el primero que dé gracias a Dios por ello.

Me habéis argüido, por fin, que el reglamento de mi fundación no tiene pies ni cabeza: también es cierto; como no he hecho reglamento alguno, no puede tener ni pies ni cabeza. Estoy cansado de leer reglamentos llenos de capítulos y artículos muy hermosos, pero que quedan sin cumplir la mayor parte de las veces; si alguna vez me decido a hacer un reglamento, podéis estar seguros que tendrá un sólo capítulo y artículo único que dirá, poco más o menos:

«Con la ayuda del Señor, y de las buenas almas, el Asilo de Valdecarros procurará remediar, en lo posible, las necesidades espirituales y temporales de los mendigos transeuntes.»

Y nada más. Con esto, queridísimo amigo, doy por contestado tu hermosísimo artículo, si bien el tema es tan fecundo que se prestaría a escribir libros enteros. Dejo la pluma y si a alguno de nuestros carísimos hermanos les pareciese fuerte esta doctrina, les pido perdón humildemente, pero no sé escribir de otra manera. Dispuesto estoy a emplear en mi obra mis escasos recursos, mis pobres fuerzas y gastar en ella todo, menos mi perseverancia, que es hoy por hoy, gracias a Dios, indestructible. Obre cada cual, con respecto al particular, según su conciencia; si una parte del clero quiere continuar mandando, por rmanos de la criada, un pedazo de pan a los pobres que llaman a su puerta, sin preocuparse de la santificación de sus

almas, no seré yo quien les recrimine, pues no tengo autoridad para ello. Por lo demás, escribo con sinceridad lo que siento, carísimo, y puedes estar seguro que ni los aplausos me dan ocasión de vanagloria, ni las censuras me inquietan. Necio un gusano si quisiera hacerse aplaudir de otros gusanos. ¿Qué ganaría con ello?

Y si bien considero a todos mis fervorosos hermanos un poco sobre mi nivel, no es por ello cosa mayor; al fin y al cabo, también pecaron en Adán y fueron en pecado concebidos, ni más ni menos que

EL CURA DE VALDECARROS.

Agosto de 1917.

A Jesús crucificado

A Vos corriendo voy, brazos sagrados,
en la cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos
y por no castigarme estáis clavados:

A Vos, ojos divinos, eclipsados,
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos,
y por no confundirme estáis cerrados:

A Vos, clavados pies, para no huirme;
a Vos, cabeza baja, por llamarme;
a Vos, sangre vertida, por unirme;

a Vos, costado abierto, quiero unirme;
a Vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

JUAN MANUEL GARCÍA TEJADA.

Juan Pobreza.

(Cuento mensual)

Inspiraba al mirarle cierta repulsión. Era de mediana estatura; un pelo greñudo se encrespaba sobre sus sienes; tenía grandes los ojos y torva la mirada; recio el bigote y la barba copiosa y revuelta. Su carácter era tan turbio como su rostro; casi nunca reía; siempre estaba áspero y gruñón y si daba rienda suelta a

la cólera, brillaba en sus ojos una llamarada de fuego. Hablaba eternamente del egoísmo de los ricos y de la miseria de los pobres, sintiendo hacia aquéllos un odio que le mordía las entrañas.

—¿Por qué Dios me hizo pobre?
—solía decir con avilantez, presumiendo tener un corazón insensible a los halagos de las riquezas.— Si yo llegara a poseer los bienes que a otros se han concedido, ¡cuán diferente uso haría de ellos! Asilos, fundaciones, limosnas... ¡cuánta necesidad remediar-

da, cuántos pobres aliviados, cuántos huérfanos protegidos!..

Yo le vi mendigando por esas calles de Dios. Tendía friamente la mano; pasaba un caballero y si en ella no depositaba la limosna material, Juan le perseguía, clavados los pies en la tierra, con una mirada de antagonismo y de reto hasta perderle de vista.

Pero, además, era un vicioso de marca mayor. En su alma no quedaba tan siquiera un resquicio por donde pudiesen penetrar las auras de la fe. No iba a misa, por supuesto, pues, según decía, con cinismo, él nada tenía que agradecer a Dios; todo eso, cuando fuera rico; entonces, entonces sí que sería puntual en cumplir todos los deberes cristianos... entonces partiría alegremente el tiempo entre hacer limosnas y encomendarse a Dios, entre consolar enfermos y visitar iglesias... No sabía el utopista que si Dios le hubiese concedido aquel ambicionado tesoro, tal vez, y aún sin tal vez, los emplearía en fomentar el vicio y el libertinaje... Nunca cruzó por su frente ni salió de sus labios una frase de bendición a la bondad y misericordia del Altísimo, por haberle librado de ese medio tan fácil y propenso para hacer mal, que se llama el dinero.

Pero él estaba hasta la coronilla de llevar aquella miserable vida. Hacerse rico... este era su deseo; sacudir las coyundas de la pobreza: he aquí su afán. Cavilaba los días y las noches, azuzado por este pensamiento; imaginaba un medio, escogía el de más allá, hasta que, después de devanarse los sesos, pensó concebir la panacea de sus desdichas y encontrar la soñada puerta que derechamente le había de conducir al palacio suntuoso del oro y de la felicidad. ¡La lotería!..

¡Ah, si él fuera rico!..

II

¡La lotería..! ¿Quién no ha pensado en ese juego de azar, que, con permiso ó tolerancia oficial, se explota, para hacerse rico, apoderándose, con poco dinero, de una suma considerable, que representa máxima cantidad de dolores, de esfuerzos y de trabajos ajenos? ¿Quién no ha pensado en ese juego, que es un fondo incomensurable de egoísmo, que pugna abiertamente contra todos los axiomas morales?

—¡¡Quinientas mil pesetas!! ¿Quién me ha de toser en adelante con quinientas mil pesetas? Por fin, daré al traste con este maldito oficio de mendigo que tanto me esclaviza. Casas, trajes de moda, amigos aduladores, opíparos banquetes, finos champagnes, coches, viajes, teatros... Gastaré a lo principesco la fortuna que se me acerca; daré la vuelta al mundo, eclipsando la gloria de los héroes... ¡Ah, sí!; asilos para los pobres, limosnas para los huérfanos... todo, todo...

Así sueña, así delira nuestro Juan, que acaba de invertir en una participación de un décimo el dinero que seguramente necesitara para alimentarse. ¡Cuánto tarda el día del sorteo..! Por fin gira la ruleta; la suerte está echada. Aquellam añana está muy nervioso y desvelado; sólo piensa y siente en su premio gordo. Corre veloz a las listas, tiembla, mira, restrega sus ojos; vuelve a mirar, primero el billete, después el tablón; mira con más ahinco..., late su corazón con desusada fuerza...; le parece que voltean los guarismos; un seis... un nueve...; la fiebre le devora; se fija nuevamente...; le parece soñar, quiere gritar y no puede...; no era mentira...; sacude su cabeza y cae al fin, rendido por la emoción. La

gente que pasa por la calle le rodea.

Era verdad: el número 2.816, salió premiado.

¡Juan era rico!..

III

Han pasado diez años. Corre la noticia veloz como el viento; en una de las calles de la ciudad se acaba de encontrar a un hombre sin vida. Su fisonomía extraña y algunos papeles hallados en los bolsillos de su chaqueta, dan mucho que sospechar. La autoridad gestiona; se agolpan fábulas y leyendas. La gente dice de él que fué un rico arruinado, un dilapidador de su fortuna que corrió el mundo entero contentando apetitos y pasiones hasta sentir satisfecha la voluptuosidad, la ambición, la codicia, el odio y la gula; aseguran otros que cometió mil atropellos y que no estuvo mil veces en la cárcel, por intervenir testigos falsos, fiscales injustos y corrompidos, que en el tiempo de su prosperidad se pusieron a su disposición; otros tienen por cierto que fué un jugador tramposo parapetado detrás de la valla de su riqueza, y no falta quien daría su cuello al filo de una espada por defender que se trata de un artista, director de una farándula de cómicos que recorrió las ciudades representando comedias...

Una semana después los periódicos locales reproducen, acerca del suceso, la siguiente noticia: «Se ha llegado a averiguar con evidencia completa la condición del hombre hallado, hace una semana en una de las calles de nuestra ciudad. Fué en vida un gran usurero; sus bolsillos se abrían como las ostras para aliviar la miseria. Murió de un ataque al corazón. Se llamó en el siglo Juan Pobreza.»

Las limosnas.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier donativo para la obra y tendrán la caridad de hacerlo llegar a mis manos. Muchas personas suelen enviar dinero por el giro postal de Alba de Tormes; otras han remitido sellos de correo.

En Salamanca, podéis entregar vuestras limosnas al muy ilustre señor don José de la Mano, San Pablo, 39; al señor Párroco de la Purísima, Monterrey, 2; al señor don Angel García, Capellán de las Adoratrices, Bermejeros, 56; en la Residencia de Padres Jesuitas, Serranos, 2, o en el Colegio de niñas, Plaza Mayor, 6.

En Peñaranda, a doña Jacoba Arenillas o a don Eladio Silva.

En Alba de Tormes, Vitigudiño, etc., a los señores Párrocos arciprestes.

Las limosnas en especie, que tanto han abundado gracias a vuestra inagotable caridad, al señor Párroco de Alba; yo pagaré los portes.

Todo se aprovecha en el Asilo: ropas usadas, calzado, mesas, bancos, sillas, cubiertos, cuchillos, vasos, jarras, sartenes, ollas y potes para guisar, manteles, servilletas, paños de aseo y principalmente tocino (es la partida más fuerte de gastos), manteca, aceite, vino, garbanzos, lentejas, guisantes, alubias, arroz, embutidos, bacalao, pan o harina, fruta del tiempo, queso, sal, pimienta, jarnes de vaca, ternera, cordero, cabrito. De todo habéis remitido.

Hay dos caminos muy trillados para llegar al cielo y que acortan prodigiosamente las distancias: para el pobre, la paciencia; para el rico, la limosna.

ASIS.

Salamanca.—Imp. de «El Salmantino»